

La nación imposible, la que somos y la anhelada. Reflexiones sobre la identidad nacional argentina

Pablo Dalle¹
Instituto Gino Germani-UBA

Introducción

Argentina es desde su conformación como nación moderna una sociedad cosmopolita y como dijera Borges esta condición representa una gran ventaja frente a otras naciones en un mundo que tiende a la multiculturalidad. No obstante, a principios del siglo XXI en la babel de América del Sur las diferencias socioculturales de sus pobladores aún se traducen en fuentes de discriminación y desigualdad marcando a fuego una nación que se desgarrar en sus raíces. **Diferencia, discriminación y desigualdad** se re-actualizan y se re-combinan cotidianamente en la sociedad argentina contemporánea constituyendo desde nuestro punto de vista la causa principal de la ausencia de un proyecto de nación que nos contenga a todos.

La exclusión de los “oscuros”, “morochos” o “negros” de los locales bailables, la extrema pobreza a la que están sometidos los pueblos aborígenes del país tanto en comunidades rurales como en guetos urbanos y la desigual conformación del sistema de clases según el origen socio-cultural de las personas son sólo algunos ejemplos que dan cuenta de ello. Estos fenómenos observables a los ojos de quienes vivimos en el país y de cualquier observador ocasional expresan a mi modo de ver un problema mayor, constitutivo y fundante de nuestra nación: *no sabemos qué somos ni quiénes somos*.

Este problema había sido formulado con clara nitidez por Sarmiento hacia fines del siglo XIX en tiempos en que la sociedad criolla estaba dando paso a la argentina aluvional. Los interrogantes: “¿Quiénes somos cuando argentinos nos llamamos?,... ¿Somos Nación?”², planteados en su obra póstuma *Conflicto y armonía de razas en América*, aún tienen vigencia. No tanto por el carácter de sus respuestas, ha pasado más de un siglo y la sociedad argentina se ha transformado significativamente desde entonces. No obstante, en estas páginas nos proponemos retomar las preguntas formuladas por Sarmiento por la profundidad con que nos interpelan y su relevancia para construir una nueva nación cosmopolita, libre e igualitaria.

Para Campra (1987) al igual que Sarmiento la pregunta por la identidad hunde sus raíces en la herencia del coloniaje y una forma particular de desarrollo que no ha logrado fusionar el sustrato indígena, el colonizador y el inmigrante. La sociedad actual puede leerse como un mapa dónde se traslucen huellas de esta falta de fusión y dónde las diferencias son desigualmente valoradas. En este ensayo me propongo reflexionar sobre a) la forma particular de articulación entre diferencia, discriminación y desigualdad como resultado de la falta de fusión étnica y cultural en la sociedad argentina, b) sus consecuencias para la nación actual y c) las posibilidades futuras de ampliar la idea de nación actual sobre una nueva forma de concebir las relaciones entre los grupos cultural y socialmente diversos.

¹ Sociólogo. Becario de Investigación del CONICET. Cursando la Maestría en Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: pablodalle80@hotmail.com

² Sarmiento, D. F. (1968): *Conflicto y Armonía de razas en América*, Buenos Aires: Editorial Intermundo, pag. 27.

Este ensayo como la nación misma contempla tres momentos en el tiempo: se centra primordialmente en el presente de la sociedad argentina, proyecta hacia el futuro y viaja al pasado para analizar dos proyectos nacionales que por la envergadura de sus objetivos y la profundidad de sus transformaciones dieron forma a la sociedad argentina actual.

La idea de nación y la construcción de nuestra identidad nacional

La reflexión acerca de *quiénes* y *qué* somos nos compromete primero a explicitar el concepto de nación y cuál es su papel en la formación de lazos sociales y compromisos morales entre quienes se identifican con ella. Esta tarea nos conduce a Ernest Renan, un teórico y político francés que fue pionero en conceptualizarla hacia fines del siglo XIX.

Este autor contemporáneo de Sarmiento, concibió a la nación como una forma particular de organización humana basada en el consentimiento y al mismo tiempo como un principio espiritual, el “alma” que mantiene unido a un pueblo. Esta definición funde aspectos de la filosofía de la ilustración y el romanticismo, combina el *pacto racional* como medio de construcción de una unidad colectiva superior con el *sentimiento* y la *fuerza moral* que se imponen al individuo. Una articulación por demás interesante porque concibe al hombre como un ser racional y moral a la vez, porque pre-supone el diálogo y establece un puente entre dos corrientes de pensamiento disímiles.

Renan (2001) analiza distintos factores que pueden contribuir a conformar una nación, entre ellos la comunión de lengua, religión, etnia o raza, las dinastías, la unidad geográfica y la comunidad de intereses comerciales pero concluye que estos no bastan para crear el principio de unidad espiritual. Son factores que pueden incidir positivamente pero no son suficientes y tampoco necesarios. La idea de nación requiere tres cosas de sus miembros: a) el recuerdo pero también el olvido del pasado, b) la voluntad de estar juntos en el presente, c) y un programa a realizar en el futuro, diremos aquí un proyecto colectivo.

La actitud frente al pasado tiene un carácter paradójico. La nación se cimienta sobre un rico legado de recuerdos, la memoria de las glorias pasadas y los sacrificios compartidos, la evocación de los héroes y sus epopeyas. “Los antepasados nos han hecho lo que somos” (Renan, 2001: 60), pero así como es necesario recordar muchas cosas es preciso olvidar muchas otras. Por ello, la investigación histórica es perjudicial para la formación de una comunidad nacional porque ilumina las matanzas y opresiones entre sus miembros en los orígenes. En tal sentido, “el error histórico (es) un factor esencial en la creación de la nación” (Renan, 2001:56). Si respecto del pasado la nación implica “haber hecho grandes cosas juntos” (Renan, 2001:65), el presente es un “plebiscito cotidiano”, un deseo actual y renovado de querer estar juntos, de querer hacer muchas cosas en común, y de querer seguir haciéndolas en el porvenir.

El análisis de Renan nos permite comprender a la nación como una creación cultural, no habiendo ninguna esencia económica, política o social que las determina, las naciones se “inventan”, el principio espiritual se construye pero es también desde el mismo momento en que se crea una fuerza moral que se impone a sus miembros.

Esta idea de nación en la actualidad es retomada por Anderson (1993) quien propone el concepto de comunidad política imaginada. Para este autor la nación es un producto de la imagen de comunión que se forman personas que en su mayoría no se conocen, una imagen que crea lazos fraternales horizontales donde hay desigualdad, explotación y opresión. Al analizar el fundamento de por qué los miembros de una nación se piensan como formando una misma comunidad a pesar de sus diferencias de clase, étnicas, de género, etc., Anderson plantea la relación entre secularización y el lugar de la creencia en la modernidad. Así, la secularización racionalista habría arrojado al individuo a la soledad dejando un espacio abierto a la atracción mágica de las ideas nacionales. Estas serían un refugio frente a la incertidumbre, un halo de sentido ante la contingencia, un destino frente al azar, en fin una identidad donde resguardarnos. La nación es entonces una creación cultural, un lugar donde reconocerse y proyectarse, un hogar en el mundo.

A partir de las conceptualizaciones de Renan y Anderson sobre la “invención” cultural de la nación es legítimo preguntarnos: ¿cómo nos hemos imaginado los argentinos?, o dicho de otro modo, ¿qué ficciones nos han constituido como lo que somos? Es posible aprehender los significados de una nación a través de las imágenes que proyecta, los símbolos que usa y las ficciones que evoca en novelas, obras de teatro, poemas, óperas, baladas, panfletos y periódicos. Hemos elegido aquí analizar dos grandes ficciones: por un lado, el proyecto de la generación del 37, materializado luego desde el Estado por la generación del ochenta de rasgos conservadores en lo político pero cultural y socialmente modernizante, y por el otro, el peronismo en tanto expresión más acabada de una propuesta nacional popular. Creemos que ambos constituyen los dos grandes proyectos de nación que tuvo el país, fueron tanto creadores como producto de lo que somos.

La generación del 37 se propuso construir una nación retomando el espíritu modernizante de la Revolución de Mayo pero incorporando los aportes del movimiento romántico europeo. Para este grupo de intelectuales conformado por Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Marcos Sastre y Juan María Gutiérrez entre otros, la mirada estaba puesta en Europa: faro del progreso y meta a alcanzar. En su diagnóstico el país era un desierto y había que hacer de él una nación moderna y civilizada. En el aislamiento y la soledad de la campaña habitaban gauchos perezosos conducidos y enfrentados por caudillos beligerantes que se disputaban el poder unos a otros retrasando la ansiada organización nacional. Desde su perspectiva, para formar una nación moderna era necesario desarrollar las letras y las artes, expandir la industria, la agricultura y el comercio, traer el ferrocarril, fundar escuelas y atraer inmigrantes laboriosos.

En este proyecto (principalmente en la versión sarmientina) la conceptualización de las razas constituía un factor determinante: los europeos, principalmente los anglosajones representaban a la “civilización”, el talento y el progreso. Por su parte, la “barbarie” estaba conformada por las denominadas razas inferiores de indígenas, negros, españoles y la mezcla de todos ellos: el gaucho.

Entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX este proyecto cobro vida en el contexto de la organización del Estado Nacional. Arribó al país un aluvión inmigratorio con ideas y prácticas nuevas, se transformó la estructura social ampliándose los canales de ascenso, crecieron los centros urbanos, la sociedad se

laicizó, se desarrolló y modernizó la economía, se creó un sistema educativo amplio y de excelencia para promover la integración social, en fin se modernizó el país. No obstante, esta ficción orientadora dejó a un lado a nuestras poblaciones criollas e indígenas. Las montoneras federales y los malones de los aborígenes del sur sucumbieron frente a “los servidores del rémington, el telégrafo y la vía férrea” (Felix Luna, 1988).

A mediados del siglo XX, cuando se la creía vencida, la barbarie irrumpió en escena a través del peronismo. El 17 de octubre de 1945 es su acontecimiento paradigmático. Los trabajadores de la periferia de la ciudad, la mayoría migrantes internos, hijos seguramente de los criollos y aborígenes vencidos, con sus rostros mestizos, sufridos pero esperanzados invadieron la Plaza de Mayo para apoyar al líder encarcelado. No sólo llegaron al centro de la gran ciudad sino que también pusieron sus *patas en la fuente*. “Los baluartes de la civilización fueron invadidos por espectros que se creían aniquilados” (Martínez Estrada, 1983: 341). Era el subsuelo sublevado de la patria como lo definiera Scalabrini Ortiz, el “aluvión zoológico” que estaba allí para recordarle al país que era mucho más que una gran ciudad y un bello paisaje. El peronismo fue su canal de expresión política, el movimiento que otorgó sus derechos sociales y en términos culturales su medio de reivindicación simbólica. Pero el peronismo persiguió y censuró a otro sector de la sociedad -parte de la intelectualidad y las clases medias- por considerar a su proyecto extranjerizante.

Ambos proyectos representan dos modelos de nación diferentes que se concibieron como excluyentes sin reparar en que el problema reside en disociar tajantemente dos formaciones sociales que “en realidad” conviven entremezcladas: la civilización está en la barbarie y la barbarie está en la civilización. El entramado social y cultural argentino es híbrido, conforma un tejido heterogéneo en donde no es posible aislar sus componentes en estado puro. “Civilización y barbarie (son) una misma cosa, como fuerzas centrifugas y centrípetas de un sistema en equilibrio” (Martínez Estrada, 1983: 341). Ambos proyectos fueron creadores de ficciones, nos constituyeron como lo que somos pero en tanto expresaron sólo la voz de una parte, son parte de *la nación imposible*.

Diferencia, discriminación y desigualdad en la sociedad argentina contemporánea

Detrás de estas “ficciones” se encuentra nuestra realidad profunda, una sociedad fragmentada que segrega a su población criolla (sobretudo en la región de la Pampa húmeda) y aborígen (en casi todo el país). En términos de García Canclini (2004), este es nuestro fracaso sociopolítico: una sociedad híbrida que no ha podido fundir los distintos grupos culturales que la conforman, que los valora desigualmente y en consecuencia convierte las diferencias culturales en profundas inequidades socio-económicas. En palabras de Susana Torrado (2002) “La pobreza tiene rasgos criollos”, a pesar de que de ello no se habla.

Hubo un tiempo en que la sociedad argentina se pensó como un crisol de razas. Esta metáfora ponía el acento en la mezcla entre nativos e inmigrantes europeos dando lugar a la formación de una cultura nueva, una nación integrada y construida a partir de la diversidad. La idea del crisol ha sido puesta en duda en las últimas décadas y reemplazada por la idea de pluralismo cultural. Esta acentúa la

coexistencia de distintos grupos culturales que conviven de forma pacífica pero sin fundirse. Esta tesis se apoya en los estudios sobre endogamia según los cuales los matrimonios intraétnicos reforzaron la diversidad cultural.

En la región de la Pampa Húmeda donde se asentó masivamente la inmigración europea entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX la principal consecuencia fue -en una primera instancia- el reemplazo de la población nativa originaria. En cambio, en las regiones extrapampeanas que se mantuvieron al margen del aluvión inmigratorio se reprodujo la población criolla (aquella con al menos tres generaciones de ascendientes nativos) heredera de la colonia española. Fue hacia las décadas del treinta y cuarenta que ambos grupos se pusieron en contacto por las corrientes migratorias internas desde las regiones extrapampeanas a las grandes ciudades del litoral (Buenos Aires, Rosario) inducidas por el proceso de industrialización. Esta puesta en relación entre inmigrantes (y sus descendientes), criollos y aborígenes tuvo efectos sobre la conformación de la estructura social, dando como resultado un vínculo manifiesto entre origen étnico y posición social: “a medida que se desciende en la escala social, se oscurece el color de piel” (Margulis y Belvedere, 1998:79).

Como resultado de un largo proceso histórico de dominio político, explotación económica y discriminación simbólica se fue configurando una sociedad híbrida, culturalmente heterogénea y socialmente desigual. Los distintos grupos étnicos que componen nuestra nación se distinguen no sólo por sus rasgos físicos sino por las notables diferencias en el status social, el nivel educativo, los niveles de bienestar económico y la participación en la vida pública. La escala jerárquica ubica primero a los descendientes de europeos, luego a los criollos y por último a los aborígenes. Sobre estos últimos cabe mencionar que son marginados económica y socialmente, y condenados a desaparecer culturalmente. No sólo se los desplaza de sus territorios originarios, su lugar de hábitat y fuente de recursos de subsistencia sino que también no se respetan sus lenguas las cuales expresan las formas de vida de estas comunidades³. En fin, vivimos en una sociedad racializada que sin embargo, niega a las diferencias socio-culturales como fuente de desigualdad y segregación (Margulis y Belvedere, 1998).

Para comprender la sociedad argentina actual resulta necesario tomar una visión más abarcativa de la idea de nación que la expuesta por Renan y Anderson. Desde América latina y el discurso postcolonial, Rosaldo (1992) y Said (2001) respectivamente realizan una crítica al concepto de comunidad nacional imaginada porque desde su visión privilegia a los incluidos descuidando a los excluidos. Sus enfoques se centran en el propio ámbito de la cultura, de la imaginación, del poder de lo simbólico como instituyente de lo social pero introducen las nociones de conflicto y acuerdo, confrontación y consenso. Proponen entender a la cultura como un espacio de disputa por el sentido entre distintos grupos sociales pero también un lugar común que abre la posibilidad de diálogo y permite el reconocimiento y compromiso con el “otro”. Desde esta perspectiva es que nos preguntamos: ¿qué lugar tienen en la comunidad nacional “imaginada” argentina los criollos y aborígenes?, ¿puede una nación mantenerse como unidad manteniendo identidades plurales y desiguales?, en otras palabras, ¿somos nación a pesar de segregar y discriminar a buena parte de nuestra población nativa?, más aún, ¿tendrán un lugar en la nación argentina los inmigrantes de países limítrofes y sus descendientes?

³ Ver Scarfo, Daniel (1994): “Las lenguas mueren en silencio”, *Nota de la Revista Ñ* n° 54.

Estas preguntas nos plantean un gran desafío acerca de cuáles son los límites de nuestra comunidad nacional imaginada. La idea de nación es una forma de identidad entre otras muchas posibles, es por ello que es preciso establecer los vínculos y nexos con otras formas de identidad. El presente marca que la nación está agrietada, que no es un espacio homogéneo y tampoco contiene a los diversos grupos étnicos que viven en su interior. Como dice Rosaldo (1992:197) “el envase no envasa”. Esto tiene para los grupos discriminados profundas consecuencias: su falta de reconocimiento simbólico es parte de su condena económica y social.

Este problema no es únicamente nuestro. La globalización, con la internacionalización cada vez más de la actividad económica, el crecimiento de las olas inmigratorias y la circulación masiva de información están poniendo en crisis a los estados nacionales como espacios homogéneos territorialmente delimitados. La periferia ha invadido el centro y las calles de Londres, Berlín, Madrid, Tokio, París y Nueva York entre otras grandes ciudades de los países desarrollados, están pobladas de inmigrantes africanos, árabes y latinoamericanos. Pero el problema es particularmente nuestro porque el imaginario nacional negó desde sus orígenes nuestras raíces indianas y morenas⁴.

Con la profunda crisis económica, política y social de 2001 este imaginario sufrió algunas modificaciones con el surgimiento de lazos de solidaridad entre distintas clases sociales, entre distintos grupos étnicos. El imaginario de nación se amplió y dejó de mirar sólo a Europa para acercarse más a los países vecinos. Sin embargo, ahora que sabemos que los argentinos no sólo descendemos de los barcos⁵, aún no tratamos con igualdad a nuestros criollos, nuestros aborígenes y tampoco a los inmigrantes bolivianos, paraguayos, peruanos, chilenos, uruguayos y brasileños que viven en el país.

Somos un poco europeos, las sonrisas de desdén de las blondas damas así lo demuestran; otro tanto indígenas, se ve reflejado en muchas caras cobrizas, y por supuesto también somos mixtos aunque muchos no quieran serlo, pero ¿somos una nación?...Cito a Sarmiento: “(Una) nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimienta”. Sabemos que somos una nación multicultural, el problema es que no aceptamos las diferencias, ambas conforman el rostro y la máscara de *la nación que somos*.

Del multiculturalismo a la interculturalidad: apuntes para ampliar la idea de nación

En las metáforas del crisol y el multiculturalismo hay dos formas de concebir las diferencias. En la primera se funden para dar lugar a la formación de una cultura nacional superior, en la segunda se yuxtaponen conformando una sociedad heterogénea y desigual porque esas diferencias no son igualmente valoradas ni insertas en una unidad mayor que las contenga (la “imagen” del recipiente agrietado). Ahora bien, más allá de nuestro pasado y presente la nación también es

⁴ La Revista Debate publicó en su número del día 21/01/05 un artículo titulado: “La argentina indiana y morena”. En el mismo se presentan los reveladores resultados aportados por un estudio realizado por investigadores de la Universidad de Buenos Aires, según el cual el 56% de los argentinos descendemos de algún antepasado aborígen o negro.

⁵ La frase hace alusión a la obra de teatro: *Los argentinos descendemos de los barcos*. Otra obra que trabaja con excelencia la influencia de la inmigración europea en nuestra identidad es *Los hijos de los hijos*.

el por-venir, lo que aún no somos pero podemos ser. ¿Es posible una nación verdaderamente multicultural dónde las diferencias sean respetadas y hasta deseadas?, este es el desafío que enfrenta la nación argentina del siglo XXI.

Para pensar la diversidad cultural en las sociedades contemporáneas García Canclini propone el concepto de interculturalidad. En la línea de Said y Rosaldo concibe a los diversos grupos sociales en relaciones de confrontación y entrelazamiento. La “interculturalidad implica que los diferentes son lo que son en relaciones de negociación, conflicto e intercambio” (2004:15). En este sentido, para comprender *quienes somos* no debemos buscar las culturas que nos habitan como sistemas compactos y definidos, sino prestar atención a las relaciones entre ellas: los “arreglos” y “desarreglos” que nos constituyen. De esta manera habremos de concebir a nuestra identidad no como una revelación definitiva, una imagen (o ficción) estática, sino una invención permanente.

El espacio inter-cultural se torna decisivo, implica una relación social donde los diferentes culturales se ponen en contacto y se reconocen mutuamente. El “otro” forma parte de nuestra propia constitución. Sobre esta base es importante indagar además de cómo la nación imagina a los grupos étnicos que margina, cómo estos piensan a la nación. En principio, en la actualidad se observa que para revertir la desigualdad económica y social a la que están sometidos sus prácticas se dirigen al Estado Nacional como interlocutor, basta para ello analizar las demandas de las organizaciones aborígenes y los grupos piqueteros (estos últimos expresando -por fin- reivindicaciones de clase y étnicas a la vez). Lo que estamos planteando es que estos grupos al reafirmar y reforzar sus identidades culturales locales (étnicas) no plantean su desvinculación de la nación, sino su incorporación a ella.

En este trabajo hemos utilizado un enfoque que concibe a la nación como un “artificio cultural” y a la cultura como el medio a través de la cual se desarrollan las relaciones entre distintos grupos cultural y socialmente diferentes. Esto tiene dos tipos de consecuencias. Por un lado, nos permite desentrañar precisamente el carácter político de los procesos de conformación de la identidad nacional. Las experiencias, memorias y tradiciones “inventadas” que constituyen lo que somos están atravesadas por relaciones de poder y condicionamientos histórico-sociales de nuestra realidad profunda. La dilucidación de estas relaciones y estos condicionamientos es fundamental para conocernos.

Por otro lado, la idea de nación como creación cultural es también un espacio de diálogo e intercambio de experiencias disímiles, en donde los distintos grupos y tradiciones resuelven sus confrontaciones. Esta doble forma de concebir la nación es muy rica como herramienta conceptual y política ya que permite captar la identidad cultural argentina en toda su complejidad y abre una puerta al cambio.

El desafío de la nación argentina es ampliar sus límites para incorporar plenamente a dos de sus culturas originarias: la aborígen y la criolla, y la de los grupos inmigrantes de los países latinoamericanos. Cada unos de ellos tienen mucho que decir sobre lo que somos. Esto implica una re-definición de las relaciones al interior misma de la nación: es preciso que los distintos grupos tracen puentes, se acerquen y compartan experiencias, para que la diversidad se amplíe, la desigualdad se reduzca y la nación se agrande...

Bibliografía

Andreson, B (1993): *Comunidades imaginadas*, México D.F: Ed. Fondo de Cultura Económica.

Campra, R. (1987): *América Latina: la identidad y la máscara*, México D.F: Ed. Siglo XXI.

Coetzee, J. M. (2004) *Elizabeth Costello*, Barcelona: Ed. Mondadori.

Gadamer, H. G. (2001) "Lenguaje y música. Escuchar y comprender", en Schröder, G. y H. Breuninger (comp.) *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, México D.F: Fondo de Cultura Económica.

García Canclini, N. (2004): *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, Barcelona: Ed. Gedisa.

Luna, F. (1988): *Los caudillos*, Buenos Aires: Planeta.

Margulis, M (1998) "La racialización de las relaciones de clase", en Margulis, Urresti y otros *La segregación negada*, Buenos Aires: Ed. Biblos.

Margulis, M y C. Belvedere (1998): "La racialización de las relaciones de clase en Buenos Aires. Genealogía de la discriminación", en Margulis, Urresti y otros *La segregación negada*, Buenos Aires: Ed. Biblos.

Martínez Estrada, E. (1983) *Radiografía de la Pampa*, Buenos Aires: Ed. Losada.

Renan, E (2001): "¿Qué es una nación?", en Alvarez Fernández Bravo (comp.) *La invención de la nación*, Biblos, 2001.

Rosaldo, R. (1992): "Reimaginando las comunidades nacionales", en Valenzuela Arce, J. M. (coord.) *Decadencia y auge de las identidades. (Cultura nacional, identidad cultural y modernización)*, Tijuana: El colegio de la Frontera Norte.

Said, E. (2001) "Cultura, identidad e historia", en Schröder, G. y H. Breuninger (comp.) *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*, México D.F: Fondo de Cultura Económica.

Sarmiento, D. F. (1968): *Conflicto y Armonía de razas en América*, Buenos Aires: Editorial Intermundo.

Scarfo, D. (1994): "Las lenguas mueren en silencio", Nota de la Revista Ñ nº 54.

Torrado, S. (2002): "La pobreza tiene rasgos criollos", *Diario Clarín*, Nota de opinión.

Vernick, E. (2004): "La nación que somos", en Vernick, E. (comp.) *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*, Buenos Aires: Ed. Prometeo.